



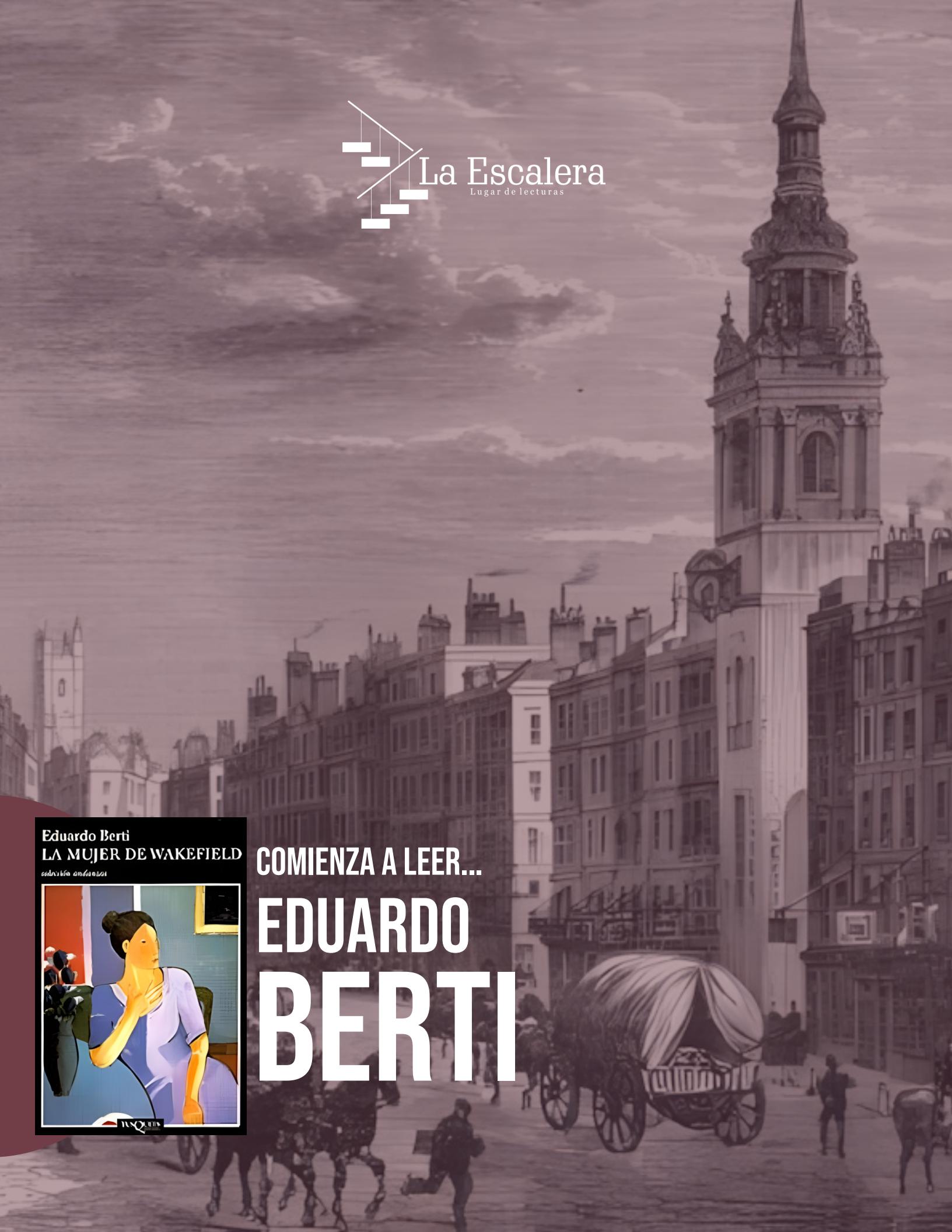
La Escalera
Lugar de lecturas

Eduardo Berti
LA MUJER DE WAKEFIELD
colección américa



COMIENZA A LEER...

EDUARDO
BERTI



Personajes principales

Elizabeth Wakefield

Charles Wakefield

Amelia, criada de la señora Wakefield

Franklin Flantery, paje de la señora Wakefield

Dorothy Flantery, madre de Franklin

Georgiana, hermana de Elizabeth

Ashley Allen Royce, cuñado de Elizabeth

Señora Korngold, huésped de Charles Wakefield

Procurador Waterton, jefe de Wakefield

Kirby, Beswick, Cooper y demás compañeros de trabajo de Wakefield

Inspector jefe de la policía

Smite, amigo de Franklin

Sally, cocinera de Royce y Georgiana

Ida y Clarissa, hijas de Royce y Georgiana

Ralph Collins, investigador

General Bennett y otros huéspedes de la señora Korngold

Señora Marston, costurera

Reverendo Webster

Señor Norton, ropavejero

Juez y notario

Verdugo

Condenados

Cocheros y viajantes

Multitud de Londres

Capítulo 1

Martes. Después de beber dos o tres tragos del té con que su esposa lo recibe cada día de la semana al regreso del trabajo, Charles Wakefield arruga los labios y dice con su voz más calma: «A propósito, esta misma noche debo partir en viaje de negocios, no creo que vuelva antes del viernes».

No es así, no es de este modo como planeó el anuncio, pero así ha resultado y es la dictadura de los labios sobre el rincón más frío de la razón.

A la señora Wakefield no le extraña que su esposo deba emprender un viaje perentorio. En cambio, sí le sorprende mucho que para comunicarlo haya encabezado la frase con ese «a propósito», como si estuviera retomando un diálogo iniciado horas antes consigo.

Charles Wakefield informa taciturno que tomará la última diligencia de la noche, la que va hacia el noroeste. «Hacia el noroeste», repite ella mecánicamente, queriendo acostumbrarse a la idea. Entonces hace sonar una campana y acude Amelia, la única criada, dando pasos cortos y atolondrados.

—Amelia, quiero que准备 una pequeña maleta con una muda de ropa.

—No, Amelia —interviene Wakefield—. Ya la preparé yo mismo esta mañana.

—Entendido, señor. ¿Algo más, señora?

—Sí, quizá Franklin... —comienza a decir Elizabeth cuando un gesto del marido vuelve a interrumpirla, esta vez para explicar que Franklin no

hará falta.

La muchacha devuelve presurosa una genuflexión y se retira meneando la cabeza, o eso le parece a la señora.

—No comprendo, Charles. ¿En qué momento preparaste la maleta?

Como toda respuesta, él da un último y escueto sorbo al té, deja la taza con cuidado en el plato, se acerca un poco sin levantarse de la butaca y, suavemente, apoya la mano derecha sobre la rodilla de su esposa.

Capítulo 2

En sus diez años de apacible matrimonio, la señora Wakefield nunca ha hecho preguntas a su esposo sobre las tareas que desempeña fuera del hogar. Como es corriente en estos tiempos (estoy hablando, estimado lector, de la segunda década del siglo XIX), el trabajo de un hombre resulta a su esposa un mundo recóndito y vedado. Aun así, la señora sabe que el despacho donde Charles pasa los días depende de cierto tribunal. Conoce vagamente la calle del despacho y hasta cree recordar que, un año atrás, en presencia de su cuñado Royce, Wakefield mencionó al pasar el presupuesto que el gobierno asigna a las colonias penitenciarias con un grado de precisión que, en ese mismo instante, ella juzgó fruto de sus saberes profesionales, más cuando Wakefield nunca antes había revelado conocimientos fuera de lo corriente sobre ninguna materia.

Desde el exacto día de su boda, entre Charles y Elizabeth Wakefield ha quedado establecido algo así como un pacto implícito: ella nada pregunta acerca del trabajo, él nada acerca de los quehaceres domésticos. No obstante, esta tarde de fines de octubre, algo despierta la curiosidad de ella. ¿Por qué impide Charles que Amelia vaya por Franklin cuando últimamente, en todos los viajes, siempre es él quien lo ha llevado y traído con alguna berlina alquilada o prestada? ¿Por qué en esta oportunidad preparó él mismo el equipaje? ¿Por qué, a diferencia de otras veces que ha partido, hoy Wakefield la ha puesto en aviso con tan sólo dos horas de antelación? El mayor inconveniente de ser una mujer discreta, reflexiona la señora, es que no hay vuelta atrás posible. «Más vale celar desde un principio», se dice, satisfecha de la idea que le vino. Más vale celar desde un principio porque los hombres, sigue pensando, no aceptan que una mujer

permisiva, prototipo de la abnegada esposa, tal como ella se jacta de ser, se atreva de pronto a pedir explicaciones.

Por más que decide aceptar el anuncio de Wakefield, incluido ese «a propósito» tan impertinente, la señora hace el tibio intento de averiguar más datos; pero no sólo conspira la falta de costumbre, sino que la única pregunta que de manera oblicua roza la cuestión —algo sobre el clima de «la región» adonde viaja Wakefield— resulta tan vaga en boca de ella, que al esposo le basta un monosílabo para demoler la precaria estrategia. Por lo tanto, cuando Charles mira el reloj y enarca las cejas, cuando se calza el gabán gris amarillento sobre el traje marrón, cuando toma el paraguas, el sombrero, la maleta y sale decidido a la calle en penumbras, donde para colmo ningúnn carruaje espera, para ese entonces la señora Wakefield ha perdido la esperanza de saber ya sea el lugar al que marcha su esposo, ya sea el motivo del viaje o mucho menos la fecha del retorno.

Capítulo 3

Son las ocho de la noche y una niebla baja y maciza envuelve la luz débil de las farolas de calle.

—Elizabeth, ¿lo ves?, ha llegado el otoño —comenta él, sin énfasis alguno, como quien confirma algo bien sabido. Por un momento deja en el suelo la maleta negra y busca en un bolsillo del abrigo sus guantes de cuero; luego parece dudar, avanza con dos pasos hacia ella y le capture la mano derecha con sus manos largas, quebradizas, aún sin enguantar.

Es un gesto de cariño que ambos hacen de memoria. Así y todo, ella vuelve a asombrarse como el primer día cuando siente, una vez más, esa desproporción insólita pero tan propia de Wakefield entre el frío exagerado de su mano izquierda y el calor razonable de su mano derecha. Un caso único, supone, aunque ningún hombre más que su esposo la ha tomado con dos manos al mismo tiempo.

El propio Charles supo bromear cuando joven que, si su mano helada era la izquierda, esto quería decir que también su corazón era de hielo... Pero quién sabe si la broma no esconde una verdad: es que Wakefield, aunque empeñoso y fiel en su rol de marido, ha sido siempre alguien muy parco a la hora de mostrar las emociones.

Capítulo 4

—¿Cómo, no viene ningún carruaje? —pregunta ella con tono belicoso al ver que, tras haberse calzado los guantes, Wakefield hace ademán de marcharse.

Él responde que es tarde, que irá a pie hasta el puesto de las diligencias. Y, sin que medie más que una áspera mueca, le da la espalda y comienza a alejarse hacia allá donde la calle Chiswell deja de ser recta, da diez pasos que son desparejos igual que sus manos, el pie izquierdo tiene un tranco sin duda más corto y timorato, y cuando todo hace pensar que está de más esa mirada que Elizabeth sigue posando sobre su espalda en fuga, justo cuando ella también está por darse vuelta (quedarían a la distancia, estimado lector, espalda frente a espalda, las dos espaldas yéndose), de pronto Wakefield gira, un movimiento brusco e imprevisto, y le envía una sonrisa lejana y de escasa cordura, una sonrisa que en el acto la señora sabe que recordará y repasará por años, como se revisan sin remedio los hechos que nos obsesionan en el tiempo.

Sin tregua, esa misma noche, ella reexamina lo ocurrido y califica la sonrisa de desmesurada. Es la sonrisa de alguien más habituado a la desdicha que a la felicidad, la boca de alguien que no sabe bien qué hacer con un raro arrebato de alegría.

«La gente se divide entre aquella que tiende a la tristeza y aquella otra que tiende a la felicidad», escribe en su diario, que no es de verdad un diario, a la mañana siguiente. «Los que tienden a la tristeza nunca saben qué hacer si la alegría se les sube a las faldas. Les incomoda como una piedra al cuello. Los que tienden a la alegría, en cambio, rechazan la tristeza como

una enfermedad. Les basta ver su reflejo en cualquier rostro que ya sienten ansias de escapar.»

La señora Wakefield guarda, un tanto avergonzada y lejos de todo alcance, esta especie de diario íntimo que no es una contabilidad de su existencia, sino más bien un pensum cotidiano, un registro de ideas y reflexiones. Se trata de un cuaderno grueso, inaugurado tantos años atrás que en la primera página se lee todavía su nombre de soltera: Elizabeth Peabody.

Capítulo 5

Hace rato que amaneció y Elizabeth Wakefield permanece sin prisa en su habitación apabullada por la luz. La habitación queda en la segunda planta y da a la calle. La señora acaba de tender las sábanas sin ayuda de Amelia. Se viste. Se peina ante el espejo. Luego cruza caminando cerca de la ventana, echa casualmente una mirada y cree reconocer a Charles en un hombre parado en la manzana de enfrente con un gabán gris amarillento. Su vista nunca ha sido buena, así que vuelve a acercarse a la ventana y con esfuerzo entorna los párpados..., sí, el hombre se parece a Charles pero también parece de estatura más baja y de menor edad; no obstante, si no es él, se dice la señora, por qué mira con tanta insistencia en dirección a la ventana.

La presencia de aquel hombre, su parecido con Wakefield, tanto la intimidan que da un paso atrás y ya no consigue ver nada.

—Amelia —llama, y la muchacha acude solícita.

—Amelia —sigue diciendo—, ese hombre parado allí enfrente, ¿ese hombre es mi marido?

La muchacha se asoma, con cierta pereza.

—¿Qué hombre, señora? No hay nadie parado en la calle.

Capítulo 6

Es viernes 1 de noviembre, fecha que Wakefield fijó para el regreso, y la señora tiene una premonición: «Charles no va a volver». En consecuencia da órdenes a Amelia para que suspenda todos los preparativos de la cena de bienvenida.

—Pero, señora... —intenta objetar la criada.

—Se suspende, Amelia —reafirma ella, con voz concluyente.

Lo mismo ocurre sábado y domingo. La señora no podría decir cómo ni cuándo comenzó a dudar sobre el regreso de Charles, pero su vaticinio se confirma día tras día. ¿Es pura y simple intuición o toda la base de su sospecha anida acaso en ese primer «a propósito» y en esa última mirada? Hasta a Amelia le sorprende la calma con que su señora ve transcurrir los días sin que reaparezca Wakefield.

No trae novedades el fin de semana. Recién el lunes por la tarde la muchacha recibe la orden de preparar una «gran cena»; y sin embargo, a diferencia de otros agasajos similares, la señora no le pide en esta oportunidad que cocine lentejas, el plato predilecto de Wakefield.

A eso de las siete Amelia tiende la mesa, coloca una vela apagada en el centro y pone a hervir la carne y las legumbres. Fuego bajo. Sólo falta el arribo de Wakefield, pero pronto el reloj da las doce y Elizabeth debe reconocer que hay algo a todas luces anormal en este viaje sin regreso de su esposo.

Capítulo 7

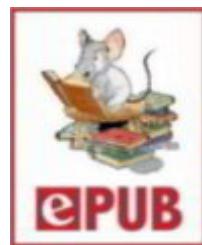
El martes por la noche, un ruido. En nada se parece a los ruidos educados que suele hacer Charles Wakefield las veces que vuelve tarde. La señora se despierta y, con presteza, baja las escaleras que conducen a la puerta exterior. «Soy yo», dice Franklin y logra tranquilizarla. Ocurre que, a diferencia de Amelia, el muchacho no duerme en la casa ni posee un cuarto para su uso, aunque sí tiene una llave que le proporcionó Wakefield y que, de cuando en cuando, le sirve para visitar a la criada por las noches.

Franklin trabaja para los Wakefield desde el último marzo. Antes de esto trabajaba en una fábrica textil. Una mañana de febrero, la víspera de su decimosexto cumpleaños, le notificaron que estaba despedido. El motivo, escuchó decir, no era tanto la introducción de dos máquinas nuevas que permitían a un solo hombre cumplir con la tarea de cinco o seis, sino la crisis general fruto de la guerra contra Bonaparte y de una sequía persistente, la tercera consecutiva desde 1809. Contratar a Franklin, a cambio de una paga semanal de seis chelines, fue idea de Charles Wakefield, luego de que una tarde de sábado el muchacho, en compañía de su madre, se presentó para ofrecerse como cazador de ratas. «Las atrapa y les arroja arsénico. Ya verá, señor, cómo las extermina», dijo la madre, con voz algo imperiosa. A Wakefield le impresionó que Franklin, ante su negativa, se ofreciera a realizar cualquier otra labor. Le contestó que volviera el domingo, conversó esa misma noche con su esposa —aunque en su fuero íntimo ya había tomado una decisión, entrometiéndose por única vez en algo referido a la vida doméstica—, y requirió los servicios del muchacho para que se ocupara del abastecimiento de carbón y de las

compras en el mercado de Billingsgate. Más adelante, le propuso también que hiciera de cochero en sus inaplazables viajes de negocio, y así Franklin pudo revelarse como un acompañante respetuoso y eficiente.

«Tal vez Charles sufrió en el viaje un accidente», piensa la señora, hecha un ovillo en la cama. «Un accidente por haber viajado solo.» En cuestión de horas se cumplirá una semana de la partida de Wakefield; y sin embargo Elizabeth rehúye la idea de visitar su despacho, la idea de presentarse ante sus compañeros de trabajo, la de pedir ayuda o tan siquiera una pesquisa. Le preocupa el escándalo público, la perspectiva de que otros se burlen o fabulen una infidelidad para explicar la ausencia de su marido. ¿No es verdad que asuntos similares llegaron a debatirse en tumultuosos consejos de iglesia?

«Mi esposo se ha demorado», «mi esposo se ha accidentado», repite una y dos y tres veces, como quien aprende de memoria una lección. Pero las excusas que se memorizan están hechas para los demás. A Elizabeth, semejantes palabras («demorado», «accidentado») no la conforman por su evidente torpeza.



Capítulo 8

A la señora le resulta llamativo que nadie en Londres, nadie excepto ella, parezca advertir la ausencia de Charles Wakefield. Pero en lugar de explicarse esto por la insignificancia de su marido, atribuye el silencio circundante a la buena educación de sus escasas amistades y al recato de los vecinos de Smithfield.

A la señora se le da por pensar que la razón por la que nadie menciona la ausencia de Wakefield es porque él no ha abandonado Londres, sino apenas su hogar; se le da por pensar que acaso él falta sólo para ella, mientras que el resto de su vida continúa como siempre; pero enseguida descarta estas teorías y se refugia en el cuaderno. La acción de releerlo la distrae y la serena.

Ponerse a revisar los propios pensamientos es, para Elizabeth Wakefield, un provechoso ejercicio. Se piensan tantas cosas a lo largo de la vida, ideas que barre el viento, ideas punzantes a la medianoche pero inocuas al amanecer, ideas que se desmienten con facilidad, tantas cosas que la señora Wakefield estableció un método: no vuelca en su diario ningún pensamiento que no la haya visitado por lo menos tres veces. De esta manera, al consultar las páginas confronta certidumbres, no meras ocurrencias. Por ejemplo, donde dice: «La gente se divide entre aquella que revisa a gusto sus resoluciones y aquella otra que nunca lo hace». Aunque relea, como en este caso, una página escrita hace un puñado de años, todavía no le ha ocurrido de estar consigo misma en franco desacuerdo. Dice allí: «Los que se atreven a reconsiderar sus decisiones son los mismos que confiesan en voz alta sus defectos. En cambio, los que ven debilidad en el noble acto de rever sus decisiones son los mismos que ocultan las

contradicciones». La cabeza de Elizabeth asiente, al tiempo que sus ojos leen callados. Pero Charles, se pregunta en cuanto aparta la mirada del cuaderno, ¿a qué grupo pertenece? Por más que ella no quiera admitirlo, sabe que Wakefield, tan frío e inflexible, jamás ha revisado un acto. En este caso, si decidió demorarse, ejecutará hasta el fin toda la demora prevista. ¿Y si en cambio ha optado por marcharse, por abandonarla para siempre? Eso no, cree ella, eso es inconcebible.

Capítulo 9

Elizabeth Wakefield supone que Charles demora el regreso para llamar su atención, como un reclamo amoroso y para nada como una separación definitiva. En suma, lo que ocurre es una reprimenda que ella se tiene merecida por haberle escatimado las mejores atenciones conyugales. ¿Y si no es así? Por muy imposible que le parezca la posibilidad de que Wakefield, en efecto, la haya abandonado, igual cede a la idea por un instante y a regañadientes... No, de ningún modo consigue imaginarlo solo y bajo otro techo, mucho menos en brazos de alguna otra mujer. Es simple, Charles no tiene a nadie en Londres; ninguna familia, padres muertos; la única hermana vive desde hace veinticinco años en los Estados Unidos y en todo este tiempo apenas le ha escrito una sola carta; en cuanto a los amigos, o más justo sería hablar de compañeros de trabajo, la señora no conoce el rostro de ninguno, apenas un nombre o un diminutivo.

Casi sin percatarse de sus propios movimientos, Elizabeth Wakefield se ha puesto de pie y ha salido a la calle. Camina despacio, como si estuviera sonámbula o movida por una fuerza invisible, pero es evidente que repite los pasos que dio Charles la otra noche al marcharse. El problema surge cuando alcanza la esquina, porque en dicha oportunidad no pudo ver los movimientos de su esposo a partir de aquel punto, entonces debe inventar lo que resta. Y seguir andando, dar la vuelta y ganar la otra calle equivale, en este caso, a perder de nuevo toda pista de Wakefield. Aun así, dobla a la izquierda. La misma esquina de siempre se vuelve, de pronto, una frontera entre el mundo ordinario y el mundo extraordinario que no circunda su casa. Por eso desconfía de sus ojos cuando, ya en Grub Street (el lector sospechará que esta calle no existe, pero no se dirá aquí su

verdadero nombre), ve una silueta a lo lejos que, de nuevo, igual que el otro día desde lo alto de la ventana, responde a las formas de su esposo. Se acerca un poco, temerosa. Lo sigue y lo estudia sin descubrirse, siempre a una distancia precavida. Parece Wakefield con una peluca rojiza. Parece Wakefield sin el traje marrón que es todo un sello en él. Parece Wakefield aun cuando no se mueve con su lentitud exasperante.

El hombre que causa la impresión de ser Wakefield avanza despreocupado. Carga un paquete en la mano. Se detiene y consulta el reloj de bolsillo; se arregla los puños y reanuda su andar. La señora mira cómo se aleja, mira cómo el gentío de la calle lo secuestra. «Por el modo de alejarse, no es mi esposo», concluye.

Capítulo 10

De vuelta en su hogar, aún perturbada por ese desconocido que confundió con su esposo, Elizabeth sube a la segunda planta y se encuentra con que Amelia ha vaciado por completo el guardarropas de Wakefield, de modo que todos sus trajes idénticos, sus pantalones y sus camisas de frisa, sus sombreros de fieltro y sus pañuelos para el cuello, yacen sin orden sobre la cama hecha.

—¿Ha vuelto Charles? —pregunta, y es que no se le ocurre una razón mejor para que tantos trajes hayan salido a la luz.

En vez de responderle, la muchacha permanece muda y cabizbaja.

—Perdóneme si fue una mala idea —balbucea por fin—, pero pensé que podía aprovechar la ausencia del señor para limpiar y poner orden.

Al cabo de un rato, las prendas en la cama consiguen reanimar a Elizabeth Wakefield. «Si ha dejado tantas cosas es que piensa regresar.» Y se ríe de no haber razonado esto antes. Acto seguido, una vez que Amelia ha reordenado el guardarropas, solicita su ayuda para establecer a ciencia cierta cuáles son las pertenencias que en esta oportunidad su esposo llevó consigo. La muchacha obedece, aunque sin comprender la utilidad de la tarea, y con paciencia consigue deducir los objetos faltantes hasta confeccionar una especie de inventario por omisión.

—Y aquí, Amelia? —señala de pronto la señora, de pie frente a la biblioteca—. Aquí falta un libro, ¿no es cierto?

(Conviene contar, estimado lector, que a fines del siglo XVIII los padres de la señora Wakefield llevaron una tienda de libros en el centro de

Londres, en la calle Fleet, y que gracias a esto la joven Elizabeth pudo gozar de un acceso irrestricto a las novelas más famosas de aquel tiempo —*Cecilia, El romance siciliano, El castillo de Otranto*—, hasta que un día el señor Peabody resolvió deshacerse del negocio, ya que no le deparaba las ganancias previstas, y transfirió a un buen amigo de la infancia no sólo el local sino también los libros, excepción hecha de una colección selecta que concienzudamente apartó para sus hijas y que —como Georgina nunca sintió interés— la señora atesora en Chiswell, desde el día de su boda.)

La biblioteca sobrepasa tanto la vocación de lectura de la señora Wakefield que le resulta imposible dilucidar cuál es el libro que falta. Algo por el estilo le ocurre a Amelia. Si bien de las ropas y los trajes del señor podría responder cabalmente, nunca ha prestado a los libros suficiente atención. Es verdad que por la inclinación exagerada de algunos volúmenes en el estante superior podría sospecharse la ausencia de un libro grueso o de dos libros delgados, pero la muchacha no se atreve a razonar más allá de esto.

Ha comenzado a llover. La señora Wakefield cena algo liviano y se dirige a la alcoba, alborozada por la lista de viaje que ha conseguido reconstituir. Ya en cama, la repasa abstraída, como si encerrara una clave. Después apaga las luces y no pasan diez minutos cuando escucha, como en sueños, el pestaño de una llave, el jadeo de una puerta. Alguien habla pero no es Charles, sino Franklin y Amelia, cuyas voces llegan aplacadas por la lluvia.

La señora vuelve a acomodar la cabeza en la almohada ahuecada. Enseguida, sin ningún motivo, dos palabras vienen a su mente: *Don Quijote*. Sí, algo le dice que ése es el libro faltante, pero el dato no le revela nada y el sueño cae seco como una guillotina.

Capítulo 11

A los tres días, muy temprano de mañana, la señora vuelve a atisbar en la calle, a pocos pasos de su casa, al hombre de pelo rojizo, y decide acercársele esta vez algo más, para estudiarlo no desde tan lejos.

Horas enteras pasa persiguiéndolo. Sigue sus movimientos y sus actos; analiza hasta el menor de sus gestos. Por momentos, su parecido con Charles es más que sorprendente; hasta su andar, en trancadas desiguales, es el mismo de su esposo. Por momentos, en cambio, le resulta un perfecto desconocido.

Con gran asombro, pasado el mediodía, después de haber supuesto que el hombre no haría más que desplazarse en vanos círculos, Elizabeth advierte en él un cambio de actitud. No sólo se ha puesto más serio y más nervioso, sino que ha abandonado su ambular en órbitas para dirigirse hacia Lincoln's Inn, hacia la misma zona donde queda el despacho de Wakefield. A medida que parece aproximarse a una meta, su ritmo de marcha se atempera. Entonces ella, poniéndose a resguardo detrás de una gran fuente, observa cómo el hombre, suspendida la caminata, se rasca la cabeza y se sienta fatigado, a la intemperie, en un banco de piedra.

Pasan diez, veinte... ¿cuántos minutos? El hombre se incorpora y repite, al revés, el camino de ida. La señora Wakefield está hambrienta, muy hambrienta, e intuye que lo mismo ha de ocurrirle al pobre hombre que, una vez de vuelta en Smithfield, corre a esconderse en una vieja casa de ladrillos rojos a la vista, ubicada sobre Grub Street, casi esquina con Chiswell, de mano derecha en dirección al Támesis. No podría decir Elizabeth la cantidad de veces que ha pasado por allí sin advertir esta casa.

Puede que acaben de construirla, piensa, sólo para que el hombre que parece Wakefield halle una puerta commiserativa que ponga fin a la persecución.

Capítulo 12

Por la noche, pesadillas. Su sueño es un espejo que refleja en simultáneo multitud de imágenes: Charles que regresa pero ha envejecido veinte, treinta años, se ha convertido de un día al otro en anciano; Charles que vuelve hecho un extraño y no sólo por su aspecto, sino por su conducta; Charles que se cruza con ella por la calle Beech, la mira con frialdad y pasa de largo; Charles que sigue ausente pero en su lugar se presenta un enviado que trae de vuelta la valija negra con todas las cosas que Amelia inventarió; Charles que vuelve y no comprende por qué tanto alboroto si para él no han pasado sino tres días, si está seguro de que es el viernes 1 establecido por él como fecha de retorno; Charles que reaparece y luce igual que cuando la partida, el mismo gabán, el mismo traje marrón, pero un hombre lo acompaña y es aquel otro de pelo rojizo. Antes de despertarse, Elizabeth toma a ambos Wakefield y descubre que sólo uno, el de pelo rojizo, tiene helada una de las manos.

Capítulo 13

Suena débil la aldaba y por una mirilla demasiado estrecha un ojo escruta a la señora Wakefield, es el ojo de la señora Korngold, la dueña de la casa de ladrillos rojos a la vista. La puerta se abre para descubrir a una mujerañosa con un ojo sano, el que recién ocupó la mirilla, y otro ojo enfermo o lastimado, cubierto por un parche negro cuya correa envuelve aparatosamente su cabeza.

La señora Wakefield intenta un saludo pero la mujer responde con acritud, reacia a estrecharle la mano, y se limita a preguntarle «qué desea», mostrando un acento extranjero.

—Busco a un hombre —alcanza a pronunciar Elizabeth Wakefield, sin paliar del todo un titubeo.

La mujer la mira de arriba abajo. Le pide una somera descripción del hombre y Elizabeth titubea otra vez. No hay nada notable en su esposo, ningún detalle en especial que sobresalga. Lo único que podría señalar es que tiene siempre una mano helada, pero no lo hace porque un dato así, más que un rasgo físico, constituye una seña tan íntima que le parece que dejaría entrever cierto conocimiento que por ahora ella prefiere esconder.

«Es un hombre que usa traje marrón», piensa en decir. En cambio acaba describiendo a Charles como «un hombre con el pelo rojizo», sin saber por qué no acude a la imagen de su esposo sino a la de ese otro que vio unos días antes y parecía serlo.

—Ah, pelo rojizo..., por supuesto, el señor Wakefield, nuestro nuevo inquilino.

La respuesta sobresalta tanto a Elizabeth que desmantela toda su estrategia.

—Wakefield, sí, ése es el hombre que busco. Por favor, quisiera verlo.

—¿A quién anuncio?

—Yo soy... la señora Peabody —dice ruborizándose.

La señora Korngold pide permiso y trepa las escaleras. Enseguida, desde la planta alta, llegan unos gritos:

—¡Señor Wakefield! Tiene una visita, ¡señor Wakefield!

El nombre de su esposo en boca de la extranjera proporciona a Elizabeth un raro sosiego. «Dios mío», murmura. «Está vivo.» Asimismo, razona que si Charles se ha registrado en esa casa bajo su verdadero apellido es porque nada grave o vergonzoso tiene que ocultar. Un hombre altera su identidad cuando ansia ser otro, cuando busca borrar su historia y comenzar de nuevo. No parece el caso de Charles; más aún, su lealtad al apellido Wakefield se le antoja a Elizabeth como una fidelidad extensible a ella.

La voz de la señora Korngold la arranca de estas meditaciones.

—No hay nadie —informa la mujer, con una especie de desilusión—. No sé, debe de haberse marchado temprano.

La señora Wakefield siente un alivio a lo largo del pecho. La ausencia de Charles ha remediado su error: no debe buscarlo, no debe descubrirlo.

—Señora Korngold —dice a poco de abandonar la casa—, no le diga al señor Wakefield que yo estuve aquí.

—Claro que no, querida —retruca la mujer, y a Elizabeth se le hace que será capaz de guardar el secreto, no tanto porque le parezca una mujer discreta, sino más bien una mujer nada proclive a pagar el precio de perder un huésped por culpa de alguna infidencia.

En silencio, la señora Korngold la escolta hasta la calle.

—Dígame —se atreve por fin a preguntar—. Usted es algo de él, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto —responde Elizabeth Wakefield—. Todos somos algo de los demás, ¿no lo cree usted?

Capítulo 14

La señora sale de la casa de ladrillos absolutamente estremecida. Esto no significa que la reaparición de Wakefield la haya tomado por sorpresa. Tantas señales previas —el hombre contemplando la ventana, aquel otro de pelo rojizo— le han servido, hasta cierto punto, de preparación. Lo que la espanta es comprender cuánto ha cambiado la sustancia de su abandono. Una cosa sería sospechar que Wakefield se ha escondido en un sitio ignoto y alejado; otra, completamente distinta, es haber descubierto que la guarida que habita está al alcance de la mano. Además, cabe considerar la nueva fisonomía. Charles ha reaparecido, sí, pero modificado. Nada permite suponer que vaya a usar por siempre la peluca rojiza. Quizá vuelva a su antigua apariencia, quizás combine el viejo traje marrón con el cabello flamante, lo seguro es que, a partir de ahora, si Elizabeth desea buscarnos por la calle —nunca más en la casa de la señora Korngold, porque cualquier encuentro deberá asemejarse a una casualidad—, tendrá que hacerlo teniendo bien presente tanto el viejo como el nuevo aspecto; y aunque dejaría esto suponer más probabilidades de hallazgo —como buscar dos hombres en vez de uno— en verdad suscita, así cree ella, un esfuerzo mayor, sobre todo si se considera el sinnúmero de combinaciones factibles entre los dos Wakefield.

La señora sale tan estremecida que equivoca el camino. Debería andar hacia la calle Chiswell pero, en cambio, avanza rumbo a London Wall, así que ahora debe doblar a la izquierda para subir por Moorgate. Se está haciendo de noche, el viento sopla desde el río y la escena de la calle amenaza cambiar en cuestión de segundos, como si a los que pueblan la ciudad de día les llegase, uno por uno, un reemplazante monstruoso. (El

lector quizá sepa, por experiencia, que de los monstruos nos aterran los signos preliminares, los de su aparición, mucho más que su carácter una vez establecido.) Siente miedo Elizabeth Wakefield. Alarga el tranco Elizabeth Wakefield. Se cruza con algunos hombres que la miran a los ojos o que le sonríen como si la conocieran. Baja la cabeza y, ya en la calle Milton, fija la vista en el suelo. Bien pronto llega a su casa temblando y se descubre las manos sudadas.

Capítulo 15

o llamé —dice Amelia— porque no reaccionaba esta mañana, parecía muerta.

Elizabeth Wakefield abre los ojos tras un esfuerzo desmesurado, como si los párpados se hubieran adherido, entonces el médico apoya una mano en el hombro de Amelia y le dedica a la señora su primera sonrisa desde que entró en la casa.

—No es grave, ya se le pasará... —comienza a hablar—. La señora ha sufrido una fuerte commoción. Necesita reposo.

Elizabeth Wakefield vuelve a cerrar los ojos. Cada tanto los abre, pero alternativamente, uno, el otro, y es en verdad Amelia quien presta atención a los dichos del médico.

—Reposo absoluto, ¿comprende usted?

Por expreso pedido de Amelia, el médico se queda hasta que la fiebre dé tregua. La señora parece dormir serena cuando, luego de un breve espasmo, se incorpora de repente y exclama con la fuerza de alguien sano:

—Mi esposo, tráiganlo. Yo sé muy bien dónde está...

Amelia y el médico se miran.

—El señor Wakefield debió salir de viaje —dice la muchacha, sin apartar la mirada del médico.

—Mi esposo. Yo sé muy bien dónde está —insiste la señora antes de volver a dormirse.

El médico le pide a Amelia un pañuelo y cuatro trapos viejos. La muchacha se los da, intrigada. El médico humedece el pañuelo y lo coloca en la frente de la señora. Con los trapos en la mano, deja la alcoba y baja las escaleras. «Debo irme, me esperan otros pacientes.» La muchacha lo acompaña, lo despide y corre el oxidado pestillo de la puerta. Al rato, oye unos ruidos en la misma puerta, acude a abrir creyendo que es Franklin y, al otro lado, encuentra un hombre de rodillas. Es el médico, que ha dejado su maletín en el suelo y envuelve con los trapos la aldaba de bronce, así ningún ruido perturbará a la enferma.

El médico se pone de pie, sacude el pantalón para quitarse el polvo, luego agita el llamador y con satisfacción constata que el golpe ha sido totalmente amortiguado.

—Reposo absoluto —dice de nuevo y se marcha.

Charles Wakefield, que ha estado observando desde lejos la escena, espera hasta que Amelia vuelva a echar el cerrojo para dirigirse resuelto a esa casa que, a pesar de la fuga, aún considera la propia. Recién entonces, luego de ver de cerca la aldaba envuelta en trapos, comprende que algo malo está ocurriendo y juzga muy poco oportuna su reaparición. En momentos como éstos, piensa, culpan a uno de cualquier desgracia.

Capítulo 16

Elizabeth Wakefield deja el lecho de enferma cuatro días después, algo debilitada pero restablecida.

—No hubiera resistido más en la cama —le hace notar a Amelia y la muchacha acuerda con la observación.

Elizabeth Wakefield comienza a pasearse por su dormitorio y por el resto de la casa. Desde algún cuarto aledaño llega su voz grave:

—Esto requiere muchos cambios. ¿Qué harías en mi lugar, Amelia?

La muchacha se guarda la respuesta hasta llegar adonde la señora, espetón en mano, atiza el fuego de una chimenea que produce más humareda que calor.

—¿Quiere decir qué haría yo con la casa?

—No hablo sólo de la casa, sino de la situación en general.

—Señora, sinceramente yo no me considero en la posición adecuada como para..., quiero decir que estoy lejos de las personas como usted y que...

—¿Personas como yo? —la interrumpe Elizabeth Wakefield, apuntando al techo con el espetón—. Vamos, Amelia, ¿qué harías en mi lugar?

—Esperar, señora —dice con buen tino la muchacha—. Esperar sin perderlo de vista. Es cuestión de tiempo, ya se le pasará.

Capítulo 17

«Ya se le pasará», se descubre pensando Elizabeth Wakefield todo el día siguiente, como si en su cabeza las palabras de Amelia hubieran encontrado el valle para un eco. La idea, por un rato, logra envalentonarla pero no la saca de su escepticismo. Una sola cosa le resulta clara: cualquier decisión está en manos de Charles.

«Ya se le pasará», dice esa voz que parece surgir de sus propias entrañas. Entonces la señora se acurruga en un sillón, en el rincón más oscuro de la casa. Pasan las horas al arrullo de la voz y ella sigue allí, como de piedra. Apenas reacciona cuando alguien llama a la puerta; «naturalmente, alguien para Amelia», piensa resignada. Más tarde, en determinado momento siente el impulso de ir a la biblioteca y escoger uno de los tantos libros que su padre le legó, pero es llegar allí, ponerse a escudriñar llena de indecisión los lomos con sus títulos en letras de oro, y perder las ganas de leer ante tamaña sensación de agobio; así que pronto llega el final del día y la señora vuelve despacio a la cama para dormirse temprano. Algo le dice que al amanecer tendrá mejor ánimo. Todo es cuestión de que acabe la noche. Pero no puede conciliar el sueño, y no sólo le preocupa la amenaza del insomnio sino también un rumor creciente, parecido a un lamento, que surge desde la oscuridad.

No cabe duda: se trata de un llanto. ¿Puede ser que sea ella misma quien llora sin darse cuenta? Aunque sabe lo inaudito del gesto, lleva las manos a su rostro en busca de lágrimas que no hay. Aguza el oído y descubre que el llanto llega desde otro cuarto. Se incorpora y enciende la bujía; se arropa y baja las escaleras. Avanzando en dirección del llanto,

acaba en la cocina, donde Amelia, los codos plantados sobre la mesa rectangular, llora, en efecto, con la cabeza hundida entre las manos.

Amelia trata de explicar a la señora que han arrestado a Franklin. La voz hecha un nudo, sigue diciendo que la madre de Franklin vino con la noticia y sin saber qué hacer.

—¿Y el padre? —pregunta la señora—. ¿Qué hay del padre?

—Es como si no hubiera. Un día dejó la casa y desde entonces... —empieza a decir Amelia pero calla bruscamente.

—Tengo una idea, Amelia. Una idea para ayudar a Franklin. Por ahora no hay otro remedio que pase la noche entre rejas. Pero mañana, sin falta, nos pondremos en movimiento.

Capítulo 18

Tan temprano se presenta la señora en la cocina, tan ojerosa luce esta mañana, que Amelia sospecha que no pegó un ojo, sino que aguardó ansiosa la salida del sol.

—Buenos días, señora Wakefield —dice la muchacha.

Como única respuesta, la señora le impone la misión de ir a buscar a la madre de Franklin. Tras cuarenta minutos, Amelia regresa, y lo hace en compañía de una mujer mucho más joven de lo que hubiese previsto Elizabeth Wakefield.

La mujer, de nombre Dorothy, se abalanza con los brazos en cruz y una calamitosa sonrisa que intenta expresar gratitud.

—Por favor, no hay tiempo que perder —dice Elizabeth Wakefield, con una nota de violencia en la voz.

La madre de Franklin advierte, en camino, que la señora Wakefield luce muy eufórica y que —fruto tal vez de esta, euforia— no sabe con certeza adónde se dirige, de allí tantos rodeos y tantas contramarchas. Sin ponerse a pensar demasiado, Dorothy Flantrey atribuye ambas cosas, las dudas y la excitación, a los mismos nervios que se han adueñado de ella. Y aunque quisiera ofrecer su ayuda, indicar la calle que la otra sigue buscando sin éxito, la ve tan nerviosa que no atina a nada.

—Era cerca de Lincoln's Inn —dice en eso Elizabeth.

—Cerca de Lincoln's Inn —repite Dorothy, la toma de la mano con firmeza y la conduce hasta allí.

Cuando alcanzan por fin el edificio donde queda el despacho de su esposo, Elizabeth Wakefield siente seca la garganta. Es todo un sacrilegio lo que está por cometer. Imperdonable. Imperdonable sacrilegio. Sin embargo, ¿no es peor aquello que hizo toda la noche pasada, empujada por el insomnio?, se pregunta en silencio, con la intención urgente de atenuar la procelosa sensación de pecado. ¿Y no es peor, incluso, lo que ahora trama con esta mujer, Dorothy, llevándola consigo como una llave maestra que le permite franquear el mundo de Charles? En verdad, si Elizabeth Wakefield hubiese tenido que inventar una argucia para presentarse en el despacho de su esposo, no habría hallado otra más ingeniosa, y por añadidura más incontrovertible, que la del arresto de Franklin.

—¿Aquí? —pregunta Dorothy—. ¿Aquí, en este edificio?

La mirada implorante de la pobre madre ahuyenta de inmediato sus últimos escrúpulos. Arriba, en el vestíbulo del tercer piso, las aguarda un hombre de nariz ganchuda que silba entre dientes y hace las veces de recepcionista.

—Soy la señora Wakefield, quisiera hablar con el procurador Waterton.

El recepcionista se pone de pie y se aleja a paso ceremonioso, cerrando tras de sí una puerta acristalada. La señora Wakefield se queda mirando, como distraída, la imagen sin excesiva hermosura que devuelven los cristales —sus pómulos chatos y su cara ancha, sus ojos pequeños y sus labios finos—, cuando al momento la puerta se estremece y el recepcionista regresa al vestíbulo, ahora en compañía de un tal Jonathan Cooper que, todo sonrisas, invita a las mujeres a seguirlo.

—¿A que no saben? ¡Edith, la mujer de Wakefield! —le grita Cooper a dos oficinistas que cruzan por el camino.

—Elizabeth —corrige ella.

—Beswick, mucho gusto —dice uno.

—Kirby, encantado —dice el otro, atusándose el bigote.

Todos estos nombres le resultan familiares. Todos estos nombres resucitan los sellos y las rúbricas al pie de aquellos documentos que Charles Wakefield conserva en un cajón de su escritorio, atados como los

pergaminos con un lazo amarillo, y que Elizabeth husmeó largamente la noche pasada: un auténtico galimatías de apelaciones, demandas y autopsias, contrapruebas y pedidos de careo; y siempre la firma ostentosa de Waterton, acompañada por la firma más pequeña de Charles Wakefield o los impertinentes garabatos de los ahora con rostro Kirby, Cooper y Beswick.

Mientras esperan que el procurador las reciba en su oficina, las dos señoras toman asiento en un sillón tan viejo y desvencijado que cruje al menor movimiento.

—William Brothers hizo lo mismo que su esposo —dice imprevistamente el señor Kirby.

—¿Lo mismo? —se extraña Elizabeth Wakefield.

—Lo mismo, sí. Y le permitieron ausentarse por seis meses.

—Se llama licencia —agrega Beswick.

—Pero no le fue muy bien.

—Nada bien. Nunca regresó.

—Nunca. Terminó viviendo con un grupo de shákeros.

—Cuando se cumplieron los seis meses, el procurador le dio de baja.

—De baja, sí. Claro que los dos meses que pidió su esposo son más razonables.

—Mucho más razonables. Aunque, por lo visto, usted no lo acompañó a Roma.

—¿No iba usted a acompañarlo? —pregunta el señor Kirby, atusándose el bigote.

—¿Yo? No... —balbucea Elizabeth Wakefield—, yo no podía acompañarlo esta vez.

Capítulo 19

cómo está su esposo? ¿Ya volvió de Roma? —pregunta a través de -**¿Y** una sonrisa el procurador Waterton, un hombre adusto y de patillas descomunales.

A sus espaldas, un gran mapa de Londres cubre casi toda la pared. Lleno de cruces y líneas punteadas, de flechas rojas, azules y verdes, parece indicar periplos o establecer fronteras momentáneas entre distintas zonas de la ciudad.

—Algo desagradable ha ocurrido, señor, y ya que mi esposo no se encuentra en la ciudad pensé en solicitar su ayuda —dice Elizabeth Wakefield, y de inmediato comienza a contar lo poco que sabe del asunto de Franklin: que el muchacho y un amigo merodeaban en torno de una fábrica cuando un constable resolvió arrestarlos por su presencia sospechosa.

Según los papeles de Charles Wakefield, Waterton es el hombre indicado, el de vínculos más firmes con los altos magistrados policiales. Pero al procurador no le interesa esta historia. Tampoco las mujeres necesitan explayarse más. Como si pudiera leer el pensamiento de la madre de Franklin, Waterton alude a sus «grandes amigos entre los magistrados». El juez de paz le debe «muchos favores», o sea, que el «buen muchacho» —se refiere a Franklin— saldrá libre de inmediato. Por lo demás, el procurador se pone a escribir una larga carta para el magistrado —«¿por qué tan larga?», se pregunta Elizabeth— y luego anuncia, con voz munificente:

—El señor Kirby y el señor Beswick las escoltarán hasta el despacho de mi amigo, el juez de paz. Ya verán como todo se soluciona.

Capítulo 20

R esulta que el juez de paz también conoce a Charles Wakefield —«ese hombrecito insignificante», piensa aunque se guarda de decirlo— y le pregunta a Elizabeth por él. Lo mismo que el procurador, en su pregunta no hay interés genuino, tan sólo una estricta dosis de civilidad; así que la señora decide evitar una respuesta franca y, tras una vaga explicación de compromiso, pasa de inmediato al asunto de Franklin.

—¿Una fábrica? ¿Anteanoche... dos jóvenes? Conozco el caso. No tenemos pruebas suficientes pero sospechamos que los dos muchachos son los responsables de una serie de atentados que nos tienen en vilo desde hace días.

—¿Atentados? —pregunta el señor Kirby, atusándose el bigote.

—Alguien, un grupo político o tal vez una secta, se dedica a destruir las máquinas de los talleres y las fábricas de Londres.

—Válgame Dios —murmura Beswick; entonces el juez de paz abre un enorme biblorato y extrae unas proclamas mal escritas y peor impresas donde se justifican los atentados «en favor del trabajo manual y en contra de la imposición de las máquinas».

—Conozco a mi hijo. Es incapaz de algo así —protesta Dorothy Flantrey, aunque a los presentes no les queda claro si se refiere a los destrozos, a los errores de ortografía o a las dos cosas por igual.

—Señora, si tanto conoce a su hijo —desafía el juez—, explíqueme qué hacían él y su amigo, así... de incógnito.

—¿De incógnito? —pregunta Elizabeth Wakefield.

—Enmascarados —prefiere el juez de paz—. Quiero decir, con los rostros pintados de negro.

—Disfrazados o enmascarados —interviene Dorothy—, ellos son jóvenes y estaban divirtiéndose.

—¡Divirtiéndose! —exclama el magistrado y sacude la cabeza—. ¿Dos muchachos a las puertas de una fábrica, en un callejón oscuro, una medianoche helada? No imagino, señora, qué hay de divertido en un lugar así.

Contra su voluntad, Elizabeth Wakefield gira el rostro y mira fijo a la madre de Franklin. Es verdad, dicen sus ojos, ¿qué diversión puede haber allí?

Un silencio incómodo está por instalarse cuando el señor Beswick pega un grito agudo que sobresalta más que nada a las mujeres.

—¡Qué tonto soy, olvidaba la carta del procurador! —Y se la alarga al juez de paz.

(El lector puede imaginar al juez leyendo con genuino esfuerzo: mueve los labios y pronuncia sin querer unas palabras sueltas: excelente muchacho, bajo mi responsabilidad.)

Sin proponérselo, Beswick ha dado un golpe de timón. El desamparo de la madre de Franklin, más la autoridad del procurador Waterton, consiguen torcer la voluntad del magistrado.

—De acuerdo, de acuerdo —dice el juez con desgano, como si de pronto se hubiese aburrido del asunto de Franklin, de todos los presentes y hasta de su trabajo.

—De acuerdo —vuelve a decir, ahora con los brazos en alto—, llévense a su Franklin.

—Gracias, su señoría —suspiran a coro Beswick y Kirby, pero la señora Flantrey parece disconforme.

—¿Y el otro muchacho?

—¿El otro? Quién, ¿Smite? Ah, no, la carta del procurador no dice nada sobre el cómplice. —Y el magistrado frunce las cejas al pronunciar esta última palabra—. Además, no puedo desprenderme de ambos

sospechosos. Si Flantrey se va, el otro debe permanecer cautivo hasta el final de la investigación.

Mientras Dorothy continúa discutiendo con el juez de paz, los inseparables Beswick y Kirby llevan a un costado, con visible premura, a la señora Wakefield.

—Díganos la verdad —empieza Kirby, atusándose el bigote.

—Porque, personalmente, nosotros sospechamos algo extraño.

—No sé si hacemos bien en decírselo.

—Porque tal vez usted ya lo conversó con él.

—O tal vez haya advertido algún comportamiento inusual.

—No entiendo de qué hablan, señores —dice ella.

—Es acerca de Charles, señora... El ya consiguió otro empleo, ¿verdad?

—Nos va a dejar, estamos seguros.

—Vean, caballeros, no sé qué responderles. Mi esposo es tan reservado —explica Elizabeth Wakefield—. De todas formas, no imagino a Charles yéndose de buenas a primeras sin avisar antes, como corresponde.